

LA MALDICIÓN DEL SANATORIO DE AGRAMUNTE

"Miré hacia atrás y lo vi. Seguí corriendo, a pesar de que las piernas me pesaban como si tuviera un kilo de hierro en cada bolsillo.

El corazón me latía a mil por hora y mi subconsciente no dejaba de recordar su cara ensangrentada..

Mecida en ese terrible avistamiento, llegué al borde de un precipicio y, sin poder frenar, me precipité barranco abajo.

Cuando abrí los ojos estaba en aquel lugar fantasmal.

Me dolía la cabeza. Me palpé sobre ella y descubrí una herida de tamaño medio bastante importante.

Me incorporé y me sacudí la mezcla de polvo y barro que se había adherido a mi ropa.

Seguía lloviendo, y el agua que caía sobre mi cabeza hacia que me escociera la herida. Entonces recordé que llevaba un pañuelo atado al cuello. Me protegí la cabeza con él y miré a mi alrededor.

Me encontraba a tres pasos de distancia de una lápida. Miré a mi derecha, pero otra losa me impedía ver más allá de las flores secas que intentarían adornarla décadas atrás.

No me costó deducir que me situaba en un cementerio abandonado.

Me levanté y contemplé con angustia el lugar: cientos y cientos de lápidas plagaban la larga y húmeda hierba. Un mar de cruces se distinguía en la lejanía.

Dívisé una pared con decenas de columbarios. Observé todos y cada uno de ellos y me percaté de que en todas las losas solamente se indicaban las iniciales de los fallecidos.

Decidí irme de aquel siniestro lugar y seguí un camino empedrado que moría en una carretera. Los últimos rayos de sol de la tarde iluminaron el fantasmagórico entorno que me rodeaba. Un gran escalofrío hizo que mi cuerpo se tambaleara. Aquel lugar me resultaba conocido.

Tenía frío y decidí que lo mejor sería buscar un sitio donde poder pasar la noche. De pronto recordé que portaba una mochila antes de echar a correr... Otra vez su cara y su cuerpo tullido... Esos ojos plagados de odio... Otra sacudida.

Intenté pensar en algo bonito, como una especie de autoconvencimiento de que todo saldría bien.

Pero todo fue en vano.

El graznido de un cuervo que casi se confundía con la negrura del cielo despistó mi mirada hacia mis espaldas.

Entonces el miedo me invadió y todos los miembros de mi cuerpo se encogieron.

Un gran edificio se alzaba en frente de mí.

El tejado del ala norte estaba derruido, y un cartel que ocupaba gran parte de la pared prohibía expresamente la entrada a ese lugar.

El viento azotaba las persianas de madera medio podrida de los pisos superior e inferior.

Aquel inmueble era enorme. Me situaba en la parte trasera, así que decidí explorar la delantera.

Me alejé del mar de cruces y me acerqué al edificio.

Estaba tan ensimismada recorriendo con la vista la estructura del sitio que me topé con una valla que me llegaba a la altura de la cintura y que abría y cerraba el paso al cementerio. Era de hierro, y deslicé con fuerza el cerrojo oxidado.

Al hacerlo, un frío intenso me recorrió el cuerpo hasta plantarse en las sienes.

La pintura de las paredes exteriores del edificio se caía a trozos, y la ceniza de piedras que perimetraza el inmueble estaba desgastada.

Decidí buscar mi mochila, ya que no se encontraría muy lejos.

Para no mancharme de barro más de lo que estaba, prepararía por un árbol para alcanzar con la vista la cumbre del terraplén por donde me caí. Nunca puse mi proyecto en marcha, ya que divisé mi mochila a unos cincuenta metros de mi posición, gracias al destello que emitía el chaleco reflectante con la que la cubrí.

De pronto la angustia volvió a invadirme: ¿dónde estarían los demás?

Por un momento esa autoconvicción de que todo iba a salir bien se desvaneció por completo. Estaba sola. En un lugar siniestro y aterrador. Incomunicada. Entre tumbas y cruces. En mitad de la nada.

Y entonces me puse a llorar. Mi llanto recorría cada recoveco de ese fantasmagórico edificio produciendo un eco ensordecedor, y mis lágrimas resbalaban rápidas por mi cara congelada, haciendo que mis mejillas ardieran.

Estuve un tiempo bastante largo acurrucada, yo diría que una eternidad, y llegué a la conclusión de que no solucionaría nada con eso. Me enjugué las lágrimas teñidas de rímel negro que resbalaban por mis mejillas, me serené y respiré hondo.

Estaba llevando a cabo mi laboriosa tarea de relajación cuando un fuerte ruido, como si un trueno hubiera impactado en el interior del edificio, me hizo dar un fuerte chillido plagado de terror. Entre el gran estruendo proveniente del interior del inmueble y mi alarido, se oyó el batir de un centenar de alas que volaban hacia la inmensidad del cielo.

Todavía no sabía cual era el nombre de aquel lugar, y me apresuré a buscarlo.

Cuando me hallé justo en la parte delantera no encontré nada que me indicara dónde me situaba. Así que con mucho empeño seguí buscando. Al fin, entre la maleza de los arbustos encontré un poste de madera quebrada en el que decía: "Sanatorio de Agramonte de Moncayo. Sanatorio de tuberculosos. 1940"

Se trataba de un sanatorio de la época del final de la Guerra Civil... Entonces el lugar me resultó de lo más familiar y mi propia elocuencia me convenció: había estado antes en aquel lugar... yo tal vez había soñado con ese mismo sitio?

Rebusqué en el interior de mi mochila y me puse un foco de minero en la frente, sujetado con fuerza por una goma ancha.

Me adentré en la parte delantera del sanatorio. Símbolos nazis decoraban la fachada y unos pequeños escombros se apilaban a unos escasos metros de la entrada.

De repente, un aullido muy cercano hizo que me introdujese en el edificio sin pensármelo dos veces.

Un gran pasillo comunicaba el ala norte con el ala sur. La mayoría de los azulejos del suelo estaban quebrados. Tenían dibujados tréboles de cuatro hojas amarillos sobre un fondo azul y blanco.

El haz de luz procedente de mí frente iluminó las paredes. A escasos centímetros de mi posición, se distinguía la silueta de una mano ensangrentada deslizándose por la pared blanca. Y entonces el corazón empezó a funcionar a mil pulsaciones por segundo. Se me formó un nudo en la garganta impidiéndome articular sonido alguno. Me entraron ganas de vomitar.

Divisé unas escaleras a lo lejos y me encamíné hacia ellas. Los peldaños crujían y se movían a cada paso que daba.

Cuando alcancé la cumbre, me encontré en un enorme corredor al que daban decenas de puertas. Curioseé en todas ellas y hallaba lo mismo: un somier oxidado y carcomido y una ventana colindante o bien al cementerio o bien a la parte delantera del sanatorio.

Pero cuando me acerqué a una de las puertas, la cual se situaba en la mitad del pasillo, sentí un aire frío en la nuca y presentí que no estaba sola. Pensé que habían sido imaginaciones mías. Estaba muy cansada y todavía sentía una profunda conmoción. Abrí la puerta de esa habitación de par en par y entré. Había algo en aquella estancia que la hacía diferente a las demás: no tenía ventana.

Alumbré la pared blanca con salpicaduras rojas y el suelo. A pesar de no haber ventana, había diminutos cristalitos adheridos a los azulejos. De repente empecé a sentirme incómoda, como si alguien me observara... Y volvieron inconscientemente esos ojos salvajes y la cara ensangrentada a mi cabeza... En ese mismo instante, la puerta se cerró de golpe. Me volví alarmada hacia la salida del habitáculo y, al hacerlo, la luz iluminó una muñeca de trapo que estaba clavada con agujas a la madera astillada de la puerta. Me detuve en seco e intenté gritar, aunque no llegara a articular sonido: de la muñeca de trapo goteaba sangre... Pequeñas gotas que manchaban su vestido negro.

Una sucesión de imágenes espantosas pasaron velozmente por mi cabeza, como una película rebobinándose.

Intenté abrir la puerta, pero el pomo se había atascado. Cuando logré salir de allí, corrí al fondo del corredor con el corazón en un puño. Se me aparecía a cada segundo y no me quería soltar.

Seguí mi particular carrera por pasillos plagados de terroríficas habitaciones.

Encontré un baño. Me introduje en él y cerré la puerta tras mí. Observé el sitio con interés, y mi mirada se detuvo en un espejo. Me llamó la atención, puesto que estaba intacto a pesar del paso de los años. Miré mi reflejo y vi a una chica aterrada y sucia. Parecía otra persona.

De repente, el espejo se rompió, como si una piedra hubiera impactado contra él. Me sobresalté de tal forma que casi me caigo al suelo. Pero vi algo reflejado en los trozos de espejo que habían quedado en la pared: Era él. Lo tenía detrás de mí. Sentí una mano helada en mi hombro. Me giré apresuradamente y, cual fue mi sorpresa al ver que estaba sola en aquel lugar.

Cuando ya me había calmado y me disponía a salir de aquel siniestro cuarto de baño, todos los grifos de los lavabos y duchas se accionaron. ¿Cómo podía ser si yo era la única persona que me encontraba allí? Creía que me estaba volviendo loca.

En ese momento, comenzó a salir sangre de los grifos y toda la estancia se tñó de rojo. Salí precipitadamente, pero la sangre discurría por los corredores siguiendo mis pasos.

Ya no sabía hacia dónde dirigirme. Llegué a una encrucijada y decidí tomar el pasillo de la izquierda. Tras correr durante lo que pareció una eternidad, llegué a una sala cuadrada en la que no había nada. Solamente cuatro paredes blancas y...un pentáculo que ocupaba gran parte del suelo.

Me tumbé en el centro de éste. Pero no pasó nada. Parecía que todo había pasado. Me acurruqué con la mochila en la cabeza a modo de almohada, cerré los ojos un instante para abrirlos momentos después, pero me quedé dormida.

Me desperté porque había palpado algo frío con la mano. Pegué un grito y me incorporé con agilidad: el suelo de la sala estaba cubierto de sangre. Todo menos el pentáculo. De repente sentí una especie de llamada que provenía del cementerio del sanatorio. Alguien estaba susurrando mi nombre.

Salí tan pronto como pude de ese laberinto de pasillos, abrí la verja del cementerio y, como si mis pies me condujesen, terminé frente a una tumba en las que se podían leer las iniciales: D.G.M. De pronto apareció detrás de la tumba. Le miré de frente, pero no sentí terror. Era un niño de unos siete años, llevaba la cara cubierta de sangre y llevaba una bata blanca en la que se podía leer: Damián Gutiérrez Martínez.

El niño se me acercó, pronunciando mi nombre a cada paso que daba...Laura...

Me agarró la muñeca y me cortó con un trozo del espejo del baño.

Cuando me disponía a clavárselo a él, el cristal lo traspasó, quedándome con el resto de espejo en la mano y un corte horizontal en la muñeca.

No sé cuánto tiempo pasé en ese infierno.

Recuerdo que cuando volví a despertar me encontraba en este psiquiátrico donde pasé más días y más noches desde hace tres años. Fueron los responsables de este lugar los que me encontraron en el Sanatorio de Agramonte.

Cuando me encontraba mejor me pidieron que les contara por qué intenté suicidarme. Les conté lo ocurrido, pero nadie me creyó. Ahora paso las noches atada a una cama, sintiendo su presencia a cada segundo.

Sé que ese sitio está maldito. Viven condenados en la muerte... una muerte sin escapatoria...

Les guste o no, soy la única persona que sabe la verdad de lo que pasó aquella noche.

Intenté convencer a Damián para que contara la verdad, pero nadie sabe dónde está.

Cristina Jicuñone Aldina 4-7